

Las desdichadas

Sara Catella

Traducido del italiano por
Regina López Muñoz

Prólogo de Aroa Moreno

PRÓLOGO

Un silencio aún por escribir

Una mujer habla con un cura que está enfermo. Que no responde nunca a su diálogo. Que está tendido en una cama. La mujer es comadrona y le han encargado cuidar de él. Porque ella sí conoce los cuerpos. La mujer le cuenta. La mujer ha visto cosas terribles. Mucha sangre de otras mujeres y mucha tierra pegada a la piel. Todo el abandono y la miseria. Y tiene dudas. La mujer habla porque el hombre está callado. Porque no puede responder. La mujer le pregunta por Dios.

Esta novela sucede en 1912 en una aldea suiza, cerca de la frontera con Italia, pero podría ser cualquier rincón de principios del siglo XX de cualquier país. Podría ser cualquier lugar miserable y perdido donde lo último que ha importado siempre era la salud de las mujeres, qué decir de las madres. Podría ser un pueblo de aquella España de hace cien años, donde morían quinientas de cada cien mil mujeres en los trabajos de dar a luz. La comadronería es uno de los oficios más antiguos del mundo, hay referencias históricas de mujeres parteras en todas las civilizaciones y culturas. Mujeres que acompañan y asisten a mujeres en el

momento de parir. «Comadre» viene del latín, *cum matre*, que traducido sería «con la madre». Un oficio absolutamente feminizado a través de los siglos. Pero ¿dónde estaban escritas ellas en la literatura si siempre estuvieron ahí?

La autora de *Las desdichadas* es Sara Catella, nacida en 1980 en Lugano, Suiza, en el mismo cantón de Tesino donde transcurre la novela, de habla italiana. Y le ha dado la única voz de esta historia a una mujer, Caterina Capra, la partera del valle de Blenio. El hombre que está tendido frente a ella es Antonio Bolgeri, el cura italiano asignado a ese pueblo, que padece una enfermedad desconocida y yace prácticamente inerte en la cama. Estos son los sencillos mimbres que dan lugar al monólogo en voz alta que sujeta todo el libro en una conversación sin respuesta, rápida y coloquial, llena de localismos, coherente y aparentemente espontánea. Capra acude cada día a la casa de Bolgeri y, cada día, en una incomodidad creciente, le cuenta la dura vida que existe al otro lado de las puertas de su iglesia.

Las desdichadas nos recuerda, inevitablemente, a quienes hemos crecido en la tradición literaria de las letras en español, al desahogo, por la forma y por el tono, de aquella Carmen Sotillo frente al difunto Mario de Miguel Delibes. Mujeres de fuerza que, por fin, revelan lo que han reprimido durante años y cuestionan sin tapujos, dudan, preguntan, exponen y dejan entre líneas todo aquello que no se atrevieron a decir hasta entonces a sus hombres cuando estos aún tenían abiertos ojos y boca para replicar. Porque ¿qué mujer podía hablar en esos tiempos? Un juego de espejos donde dentro del cuestionamiento aparentemente

ingenuo reside una verdad que se lanza a quienes han ejercido abusos de poder y el abandono de lo más vital.

Sin embargo, hay algo muy pertinente en el libro que nos dice que ha sido escrito en el presente. En nuestra educación lectora, eminentemente atravesada por los textos de autores, de hombres, hay un relato muy concreto que no ha conestado. Hasta hace muy poco, los héroes de la literatura siempre habían sido quienes ejercían la acción en guerras, revoluciones y conquistas, fueran del tipo que fueran: la Historia, la fantasía o su universo interior. Ellos. La descompensación de género y de autoras publicadas tenía dos consecuencias para los lectores y, sobre todo, para las lectoras. La primera tiene que ver con una ausencia grave de personajes femeninos cuya vida se pareciera a la nuestra, a las de las mujeres que nos precedieron y a las que conocemos, y no a ensoñaciones y estereotipos masculinos. La segunda es la flagrante carencia de relatos acerca de algunas cuestiones vitales para la vida de las mujeres como protagonistas, pero también, y esta sería la clave todavía hoy, para las vidas de todos.

Porque dónde estaban quienes sujetaban la vida en las retaguardias de las guerras o de los movimientos migratorios, dónde la épica de sacar del cuerpo un cuerpo nuevo, dónde la aventura de criar sin tener nada entre las manos, dónde la desesperación frente al hambre de los niños y niñas, dónde la violencia de género, la marginación, dónde el repudio y la superstición. Qué podría sostenerse de la Historia mayúscula sin todo ese trabajo de cuidados que no había sido alumbrado. Claro que existían novelas donde había madres

muerzas, despachadas en fallecimientos de una sola línea o conteos de hijos que no llegaron a adultos por padecer una enfermedad. Pero para cualquier mujer, pasar por un embarazo, llevado o no a término, es una proyección de futuro, resuelta o no, que transforma su vida. Afortunadamente, y muy poco a poco, esto se va solventando gracias a la testaruda restauración de autoras silenciadas en el pasado y a nuevas escrituras, como esta, atravesadas por la maternidad y otras temáticas muy conscientemente ausentes de los libros durante siglos.

En las breves páginas de esta novela son muchos los asuntos que apunta Caterina en su acusación ante Bolgeri. En primer lugar, hay un cuestionamiento de clase frente al cura. Habla quien conoce los duros trabajos de la tierra frente a quien ha vivido siempre rodeado de riqueza y seguridad. Son las manos de piel gruesa de Capra lavando las manos de piel blanca y fina de Bolgeri. A ella, quien carga con toda la evidencia empírica y médica de la asistencia a los partos, nadie le pagará por los trabajos diarios de cuidados a Bolgeri, a pesar de necesitarlo, así como tampoco cobra por su trabajo de partera. «Pero ¿usted ve esa miseria espantosa que se nos agarra igual que el olor a cuadra que no se quita jamás por más que nos lavemos? Usted hace como que no se entera», le dice, «vive rodeado de limpieza». Y, a la vez, hay un importante cuestionamiento de fe. «Yo me meto la mano en mi pecho y no me puedo creer que Dios considere a las madres tan sucias. ¿De qué vicios, de qué depravaciones somos nosotras culpables en el fondo?».

Pero el relato más triste e hiriente de esta novela lo encarnarán la marginación y la desesperación en la que viven todas las mujeres que conoce la comadrona. Los episodios de violencia y silencio que le espeta Capra a Bolgeri, las muertes, los golpes, la soledad en la que nacen los niños, la emigración de los hombres del pueblo, los trapos llenos de sangre que se lavan sin que nadie se entere y que tiñen de rojo los ríos, el deseo de ellas, conscientes de la realidad, de no traer más bocas a las que no tener nada que dar de comer. «Debería usted explicarles a los hombres que Dios no es que ordene hacer ciertas cosas como bestias».

El cura jamás responde a Caterina en su, pensamos, afortunada postura de yaciente. Porque qué podría decirle él a quien ha visto morir a un recién nacido, a una mujer pariendo, abortando, a una mujer que se muere de hambre delante de su niño, qué podría responder acerca de esa injusticia tan superior. Ni puede contestar como hombre ni como representante de la iglesia. Porque si ellos no querían saber nada de nosotras, qué iba a querer saber Dios.

Aroa Moreno

LAS DESDICHADAS

Corzoneso, noviembre de 1912, primer día tras el desfallecimiento del padre Antonio Bolgeri.

Buenos días, padre. Me siento por aquí, ¿eh? Espérese que le coloque bien la sábana, que por este lado está arrastrando por el suelo; ea. *Adèss* nos las tenemos que apañar así, con la enfermedad esta que le ha entrado en los ojos y en el habla.

¿Me oye? Soy la Caterina Capra.

El *dotór* me lo ha explicado, me ha dicho que tiene algo así como la enfermedad de... ¡ya se me ha olvidado! Que dizque lo mismo se pone bueno del todo que lo mismo no; pero yo soy de las que piensan que en esta vida todo pasa. ¡Lo necesitamos en el pueblo, cura! ¿Qué haremos si no?

Tengo que cambiarlo de postura para que no le salgan úlceras, pero no sé yo si sola voy a poder, ¡con lo que pesa! Lo voy a colocar así, eso es, un segundito nada más, de costado.

Porque es que es tocarlo a usted, solo de pensar que mis manos le tientan el cuerpo, y me entra una *virgógna*...

A ver, tengo aquí el agua que he calentado en la tetera, calentita que da encanto, lo aseó una miaja, ¿eh?

¿Qué le parece, don Antonio? ¿Bien? ¿Sí?

Ay, virgencita, ¡qué situación!

Cuando venía hoy para acá me decía: a saber si cobraré algo por hacerle estos favores y ponerle las inyecciones y todo lo demás. ¡A saber! Dios proveerá.

Sí, bien me conozco yo esos discursitos sobre la caridad cristiana y la providencia del Señor.

¡A mí que me dejen de gaitas!

Más que caridad, lo que nos endilgan a nosotras son los disgustos. La de historias que podría yo contar, que hasta me se pone la piel de gallina cuando lo pienso.

Ya he terminado con la *lavètt. Madòna dal Sass*, ¡qué piel más blanca y clarita tiene usted, don Antonio! ¿Es porque viene del lago? Será igual porque nunca se ha ganado el jornal con el sudor de su frente... hablo de dejarse la piel, de partirse el lomo para ganarse las habichuelas, como hacemos aquí, como hacen los nuestros, que sudan como gorrinos.

Los hombres... Pocos hay que sean buenos cristianos, bien lo sé yo. Si en una parroquia el preboste es bueno, ya es una suerte. Por ejemplo, yo a usted lo considero un buen sacerdote. Usted malo no es, aunque venga de Italia, que mi padre decía, Jamás me confesaré yo con un *forescté*, que nuestros prebostes son mejores, nosotros somos gente de la montaña, ¡qué lago ni qué niño muerto!

Sabe Dios si mi padre, que en gloria esté, sabía acaso lo que era un lago... No vio nunca uno, creo yo. El caso es que él siempre me decía, Caterina, tienes andares de hombre, ¡que pareces un soldado del ejército napoleónico!

¡Y yo me ponía más ufana que el gallo con las claras del día! Si supiera mi padre que *adèss* tengo mi papel y todo, ¡si él supiera! Homologada para el libre ejercicio de la obstetricia en el valle, vamos, que soy una matrona reconocida por la ciudad de Bellinzona, ¿eh? Por más que lo del leer y el escribir no lo domine todavía como está mandado.

Perdone, don Antonio, he hablado ya demasiado y espero no parecerle una *vilana*, pero es que estando delante de un hombre tan callado, tan mudo, ¿cómo quiere que me comporte? Qué poquito lo ayudo a recuperar la buena salud con estas monsergas, ¿eh? Ea, ya *fô cito*, me voy.